

Relatos de la violencia: impacto en la niñez y la juventud

Doris Lamus Canavate

Socióloga. Magíster en Ciencias Políticas.
Docente e investigadora IEP-UNAB.



Anaqueel

Tiene 24 horas para salir de aquí y si no, los matamos»; eso decía el papel que recibió el papá de Jorge, de 15 años. “Yo no vi el papel, mi papá lo guardó y nos dijo: Recojan todo que nos tenemos que ir». Cuando Jorge le preguntó a su padre por qué se iban, éste respondió: «No pregunté quién se murió, sino llore».

“Mi papá estaba muerto, lo tenían tapado. Al otro día lo arreglaron en el hospital y (...) después nos lo mostraron. Tenía huecos por todas partes, tenía despedazados los dedos, igual que otra señora que era una profesora. Era un ataque a la policía y mi papá estaba justo ahí...”

Adriana, de 15 años

De este dramatismo son los *relatos de la violencia* que recoge y analiza un grupo de profesionales de las ciencias sociales y humanas, con la intención de comprender el fenómeno del desplazamiento desde la perspectiva de sus principales víctimas: la población infantil y juvenil del campo colombiano.

El Departamento de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Colombia y la Fundación Educativa Amor trabajaron conjuntamente en el desarrollo de un proyecto de intervención e investigación que captara las vivencias directas del desplazamiento de niños, niñas y jóvenes de ambos sexos pertenecientes a 122 familias ubicadas en el municipio de Soacha, Cundinamarca.

Luego de un paciente proceso de acercamiento y de construcción de confianza se fueron dibujando las imágenes, recorriendo los caminos de

¹ Bello, Martha; Mantilla, Leonardo; Mosquera, Claudia y Camelo Edna. Relatos de la violencia: impactos del desplazamiento forzado en la niñez y la juventud. Universidad Nacional de Colombia - Fundación Educativa Amor. Bogotá, 2000.

los recuerdos; fueron aflorando el llanto, el dolor, la nostalgia. Las historias fueron tomando forma y, así mismo, reconstruyendo la tragedia en toda su contundencia.

Como en otros casos en que se usan relatos o historias de los protagonistas como fuente fundamental para la investigación, en éste no se trataba de indagar por la veracidad o la 'confiabilidad' de la información: el testimonio es la expresión de lo que vive y cómo lo vive quien narra de acuerdo con su percepción y mediado por sus sentimientos y, en este caso, por su dolor. En este sentido, la narración de las historias es, también, un 'acto terapéutico' que ayuda a aliviar el dolor, a sanar las heridas que nadie ve, pero que sangran inconteniblemente y por mucho tiempo.

El primer capítulo ubica el problema del desplazamiento en el contexto del 'conflicto armado interno' y la situación de los niños, niñas y jóvenes colombianos, víctimas principales no sólo de la violencia de las armas y del desplazamiento forzoso sino de otras formas de violencia igualmente severas y traumáticas:

Con base en informes de la Defensoría del Pueblo, entre enero y septiembre de 1999, se produjeron en el país 289 masacres, con el asesinato de 1.357 personas; el 46% fueron ocasionadas por las autodefensas, el 16.7% por la guerrilla, el 1.3% por miembros de la Fuerza Pública y el 35% por grupos sin identificar. Esta violencia produce migraciones internas conocidas hoy como *desplazamiento forzado*, que obliga a las familias a abandonar su lugar de residencia, sus pertenencias y propiedades, ante el hostigamiento y la amenaza contra su vida y la de los suyos. La destrucción, el miedo y la incertidumbre que el desplazamiento conllevan, convierte a sus víctimas en seres altamente vulnerables.

Sobre la situación de la población infantil y joven de ambos sexos en Colombia, de acuerdo con

estimativos del Departamento Nacional de Estadística (DANE), la población colombiana menor de 18 años está constituida por 16'722,708 menores, que representan el 41.5% del total del país. Esta es, al mismo tiempo, la población más vulnerable a todos los problemas que aquejan a esta sociedad; aproximadamente el 38.5% de los menores de 18 años viven en situación de pobreza y de estos, 17.5% viven en condición de miseria.

La Defensoría del Pueblo revela cifras obtenidas por entrevistas a menores vinculados al conflicto armado, entre 1996 y 1998, sin especificar el total de estos. Sin importar cuántos sean, los datos en si mismos son alarmantes:

El 18% de los menores de edad vinculados al conflicto armado que fueron entrevistados, ha matado por lo menos una vez. El 60% ha visto matar. El 78% ha visto cadáveres mutilados. El 25% ha visto secuestrar. El 13% ha secuestrado. El 18% ha visto torturar. El 40% ha disparado contra alguien alguna vez. El 28% ha sido herido. Aunque no se conocen cifras y resulte cruel y doloroso señalarlo, son muchos los niños y niñas mutilados por las minas antipersonales o 'quiebrapatatas', como popularmente se las conoce.

Aún reconociendo que las cifras de desplazados por la violencia en Colombia son imprecisas o incompletas, se calcula en 1'600.000 el número de desplazados en 1999, de los cuales más de 1'000.000 eran menores de edad². Estos niños y jóvenes y sus madres conforman el grueso de la población desplazada. Ellas se ven abocadas a cuidar, mantener y educar a sus hijos en las condiciones más adversas para cumplir esta función. La edad y el sexo son determinantes en la manera como los afectados sufren sus efectos. Tanto en los combates como en los desplazamientos, se ven involucrados como actores o afectados como víctimas niños y jóvenes de ambos sexos que sufren daños y pérdidas físicas y emocionales muy profundas.

² CODHES, Defensoría del pueblo y UNICEF, citados en «Relatos de la Violencia», p. 46.



El segundo capítulo se ocupa de la geografía del conflicto; los lugares de procedencia y los de llegada de las familias:

«Mis papás, mis hermanos y yo, vivíamos en un lugar en donde había pájaros, árboles, canarios y un río que había que cruzar en canoas. Por el otro lado de la casa era puro monte; el clima era templado y no tenía que dormir con cobijas».

Jaime tiene 9 años y es de algún lugar rural del Tolima. La referencia al clima es comprensible: en donde se encuentran hoy es muy frío y en condiciones de precariedad como en las que les toca vivir, el frío es una amenaza más.

No sólo los relatos ilustran los contextos de donde provienen niños y niñas: cada lugar y la descripción de los eventos y las confrontaciones que terminaron en la expulsión de las familias, son descritos con brevedad y precisión: Urabá chocono y antioqueño, sur del Tolima, occidente de Boyacá, Meta, Caquetá y Casanare, Valle del Cauca.

El fenómeno del desplazamiento forzado y sus consecuencias sobre el bienestar y el desarrollo integral de niños, niñas y jóvenes en Colombia, componen el tema del capítulo III del libro.

En su abordaje, las investigadoras toman distancia de los enfoques clínico psiquiátricos de la guerra y sus efectos, “sin desconocer o subvalorar las consecuencias que la violencia política y el desplazamiento pueden tener en el bienestar emocional de las personas”.

De acuerdo con sus datos, tres aspectos caracterizan las experiencias de la población infantil y de jóvenes en situación de desplazamiento:

1. Han vivido y visto la guerra; esta experiencia desestructura su mundo y las posibilidades de enfrentarlo pues todas estas experiencias

de muerte, tragedia y dolor, exceden los parámetros de lo previsible para cualquier ser humano, especialmente para los niños y niñas, así como para los jóvenes.

2. Han sido socializados para sobrevivir en la guerra; ello crea desconfianza hacia los demás; produce una visión polarizada de la realidad, entre lo bueno y lo malo, el amigo y el enemigo; además, legitima el autoritarismo, la fuerza y la arbitrariedad, como mecanismos eficaces por excelencia para vivir en comunidad. No es posible, para las generaciones jóvenes y las ya socializadas en la violencia, concebir otros mundos.
3. Han tenido pérdidas abruptas y significativas. No sólo del hábitat natural, rural, medios de trabajo, sino a sus seres queridos, vecinos, amigos, compañeros de juegos. También han sido despojados de sus pertenencias, de sus objetos queridos y muchas veces escasos u obtenidos con muchos esfuerzos.

Si el éxodo es dramático, lo que los espera en el lugar de llegada no lo es menos:

La situación de desplazamiento -sostiene el estudio- siempre está asociada con un deterioro grave en la calidad de vida de los individuos y las familias y con dificultad o imposibilidad para satisfacer necesidades humanas fundamentales como las de subsistencia, protección, afecto, participación e identidad.

Con la reubicación no cesa la situación de riesgo y vulnerabilidad. Las condiciones de pobreza y falta de oportunidades de trabajo para los adultos prolongan indefinidamente las carencias en lo que se ha llamado “el efecto acumulativo de la adversidad”. Estudios realizados muestran que al cabo de cinco años de reubicación del desplazado, se mantienen las condiciones de inestabilidad y precariedad laboral de los adultos, padre, madre o hermanos³.

³ MEERTENS, Donny, et. al. Éxodo, violencia y proyectos de vida. La reconstrucción de la vida cotidiana de hombres, mujeres y jóvenes desplazados por la violencia. Tres estudios de caso. Colciencias - Universidad Nacional, Bogotá, junio de 1999.

Los niños y niñas inician ciclos consecutivos de pobreza, desnutrición, desescolarización, morbilidad, con altas probabilidades, también, de experimentar todas las otras formas de violencia que afectan a la infancia de este país. Por ejemplo, en el caso de la educación formal, la situación puede ser especialmente crítica: datos citados en la investigación señalan que en Bogotá, de 32.000 niños desplazados, sólo el 23% estudiaba. De los 24.640 que no asistían al colegio, casi la mitad no podría acceder por razones económicas de los padres, el 25% por falta de cupos, el 9% por superar la edad establecida por la Secretaría de Educación y el 17% por factores varios como temor al rechazo, falta de documentos, problemas de salud, entre otros.

Sin embargo, los datos del impacto del desplazamiento en la población infantil y juvenil -señalan las investigadoras-, no pueden ser generalizados. Cada niño o niña o adolescente expresa de manera distinta sus vivencias: muchos son tímidos, poco expresivos, agresivos o ensimismados, pero otros son vivaces y creativos; unos recelosos y desconfiados y otros solidarios y extrovertidos. La experiencia en el mundo ha demostrado que, incluso sometidos a idénticas condiciones de adversidad, no todas las personas responden de la misma forma. De allí que la investigación deba orientarse a tratar de comprender los mecanismos o factores individuales, familiares y comunitarios que permiten sobrevivir e incluso sobreponerse a la adversidad.

Al respecto, registran las investigadoras que con el adjetivo *resiliente*, tomado del inglés *resilient*⁴, se viene denominando, desde la década de los años ochenta, a un conjunto de características de personas que a pesar de haber sido criadas en condiciones adversas o de alto riesgo, desarrollan destrezas, actitudes y formas de relacionarse que las potencian como seres humanos,

creciendo psicológicamente sanos y alcanzando niveles importantes de éxito en la sociedad⁵.

En consecuencia, la respuesta de la población en general frente al desplazamiento, pero en especial la de infantes y jóvenes, hombres y mujeres, depende de una compleja interacción entre las características de la situación adversa y factores individuales, familiares y ambientales.

Así pues, analizados tanto los factores adversos como las 'resiliencias', las investigadoras concluyen que:

- ◆ La comprensión que los niños, niñas y jóvenes tienen del desplazamiento y el significado que le atribuyen, están determinados por los procesos cognitivos, afectivos y sociales característicos de la etapa del ciclo vital en que se encuentran.
- ◆ Para ellos, vivir en medio de la confrontación puede significar: internalizar esa realidad como la forma 'natural' de ser las cosas; asumir una actitud desconfiada frente a los demás, así como una visión polarizada de las relaciones humanas; socializarse en una situación que sólo proporciona violencia como mecanismo de solución de los conflictos y el uso estratégico de la palabra o el silencio, como forma de protección.
- ◆ El desplazamiento forzado casi siempre está asociado con un detrimento en la calidad de vida de los individuos y las familias.
- ◆ El proceso de adaptación psicosocial a las nuevas condiciones de asentamiento en la ciudad se caracteriza por una fuerte confrontación subjetiva que implica asumir nuevas normas, pautas y formas de ser y hacer de hombres y mujeres, adultos, niños y jóvenes.

⁴ Que reacciona o se recobra fácilmente, entre otras acepciones, según el Diccionario Inglés - Español de Planeta, Bogotá, 1989.

⁵ ORGANIZACIÓN PANAMERICANA DE LA SALUD. Manual de identificación y promoción de la resiliencia en niños y adolescentes. Washington, 1998, citado por las investigadoras.



- ◆ Muchas de las secuelas del desplazamiento forzado, aunque quizá no todas, son superables a corto o mediano plazo, siempre y cuando los niños y jóvenes tengan acceso a las condiciones mínimas que les permitan la reconstrucción de proyectos de vida.

La recomendación central, a partir de estos hallazgos es la de reformular la política del Estado colombiano frente al desplazamiento forzado, en el sentido de orientarla hacia la solución de los problemas y necesidades de la población, ya no sólo en el medio rural sino en el urbano; así mismo, actuar sobre las estructuras sociales básicas de las comunidades receptoras y la calidad y cobertura de sus servicios.

Desde el punto de vista de las intervenciones se recomiendan enfoques integrales de la

atención, especialmente para la población adolescente e infantil, en los cuales el componente salud mental sea fundamental. Otro criterio importante es el del respeto de los derechos humanos, en este caso de jóvenes e infantes como horizonte ético de políticas de mediano y largo plazo.

En consecuencia, en toda evaluación del impacto de la violencia y el desplazamiento deben plantearse las vivencias pasadas y las alternativas posibles de mejoramiento de calidad y reconstrucción de proyectos de vida.

Niños, niñas y jóvenes deben acceder a grupos y contextos de pares que propicien la integración y la socialización en las nuevas condiciones urbanas de vida. Se requieren pues proyectos que ofrezcan opciones para romper el silencio obligado o consentido y el acceso a la palabra.